



## LIBRO CUARTO.

## CAPÍTULO I.

No pudiendo Gil Blas acomodarse á las costumbres de los comediantes, se sale de casa de Arsenia, y halla mejor conveniencia.



U tanitico de honor y de religion que conservaba todavía en medio de tan estragadas costumbres, me obligó no solo á dejar á Arsenia, sino tambien á romper toda comunicacion con Laura, á quien sin embargo no podia menos de amar, aun conociendo que me hacia mil infidelidades. Dichoso aquel que sabe aprovecharse de ciertos momentos en que la razon viene á turbar los ilícitos embelesos que la tienen obsecada. Amaneció, pues, una mañana, muy dichosa para mí, en la cual hice mi hatillo, y sin contar con Arsenia, que, si va á decir verdad, casi nada me debía de mi salario, ni despedirme de mi querida Laura, salí de aquella casa, en que solo se respiraba libertinage. Premióme inmediatamente el cielo esta buena obra, pues encontrando al mayordomo de mi difunto amo Don Matías, le saludé, y él, conociéndome al instante, me preguntó á quién servia.—Respondíle que habia estado un mes en casa de Arsenia, cuyas costumbres desenvueltas no me cuadraban, y que en aquel mismo punto voluntariamente acababa de dejarla por salvar mi inocencia. El mayordomo, como si de suyo fuera hombre escrupuloso, aprobó mi delicadeza, y me dijo que, pues yo era un mozo tan honrado, queria él mismo buscarme una buena conveniencia. Cumplió puntualmente su pa-

labra, y en aquel mismo dia me acomodó con Don Vicente de Guzman, de cuyo mayordomo él era grande amigo.

No podia entrar en mejor casa; y así nunca me arrepentí de haber estado en ella. Era Don Vicente un caballero ya anciano y muy rico, que habia muchos años vivia feliz sin pleitos y sin muger, porque los médicos le habian privado de la suya queriéndola curar de una tos, que verosimilmente la dejaria vivir mas largo tiempo si no hubiera tomado sus remedios. No pensó jamas en volverse á casar, dedicándose enteramente á la educacion de Aurora, su hija única, que entraba entonces en los veinte y seis años, y era una señorita completa. Juntaba á su hermosura poco comun un entendimiento despejado, y grande instruccion. Su padre era hombre de poco talento; pero tenia el de saber gobernar su casa. Solo le hallaba yo un defecto, que á los viejos se les debe perdonar: gustaba mucho de hablar, sobre todo de guerras y batallas. Si por una desgracia se tocaba esta tecla en su presencia, luego sonaba en su boca la trompeta heróica, y se tenian por muy afortunados los oyentes si se contentaba con embocarles la relacion de tres batallas y dos sitios. Como habia militado las dos terceras partes de su vida, era su memoria un manantial inagotable de funciones y hazañas militares, que no siempre se oían con el gusto con que él las relataba. Á esto se añadía que era muy prolijo, sobre ser un poco tartamudo, con lo cual sus relaciones se hacian en extremo desagradables. En lo demas no era fácil encontrar un señor de mejor carácter. Siempre de igual humor, nada testarudo ni caprichoso; cosa verdaderamente rara en un hombre de su clase. Aunque gobernaba su hacienda con juicio y economía, se trataba muy decentemente. Componíase su familia de varios criados, y de tres criadas que servian á Aurora. Conocí desde luego que el mayordomo de Don Matías me habia colocado en una buena casa, y solamente pensé en el modo de conservarme en ella. Apliquéme á conocer bien el terreno, y á estudiar el genio é inclinaciones de todos: arreglé despues mi conducta por este conocimiento, y en poco tiempo logré tener en mi favor al amo y á todos mis compañeros.

Habiase pasado casi un mes desde mi entrada en casa de Don Vicente, cuando se me figuró que su hija me distinguia entre los demas criados. Siempre que me miraba, me parecia observar en sus ojos cierto agrado que no advertia en ella cuando miraba á los otros. Á no haber tratado yo con elegantes y comediantes, nunca me hubiera pasado por la imaginacion que Aurora pensase en mí; pero me habian abierto los ojos aquellos señores míos, en cuya escuela no siempre estaban en el mejor predicamento aun las damas de la mas alta esfera.—Si hemos de dar crédito á algunos histriones, me decia yo á mí mismo, tal vez suelen venir á las

señoras mas distinguidas ciertas fantasías, de las cuales saben ellas aprovecharse. ¿Qué sé yo si mi ama tendrá de estos caprichos? Pero no, añadía inmediatamente, no puedo persuadirme tal cosa: no es esta señorita una de aquellas Mesalinas<sup>1</sup> que, olvidadas de la noble altivez que les infunde su nacimiento, se rinden á la indecencia de humillarse hasta el polvo, y se deshonran á sí mismas sin rubor. Será quizá una de aquellas virtuosas, pero tiernas y amorosas doncellas, que, sin traspasar los límites que la virtud prescribe á su ternura, no hacen escrúpulo de inspirar, ni de sentir ellas mismas una pasión delicada que las entretiene sin peligro.

Este era el juicio que yo formaba de mi ama, sin saber precisamente á qué atenerme. Mientras tanto, siempre que me veía, no dejaba de sonreírse y alegrarse: de manera que sin pasar por necio, podía cualquiera creer tan bellas apariencias, y por lo mismo no hallé medio de impedir que me sedujesen. Consentí, pues, en que Aurora estaba muy prendada de mi mérito, y comencé á considerarme como uno de aquellos criados afortunados á quienes el amor hace dulcísima la servidumbre. Para mostrarme en cierto modo menos indigno del bien que parecía querer proporcionarme la fortuna, empecé á cuidar del aseo de mi persona mas de lo que habia cuidado hasta allí. Gastaba todo mi dinero en comprar ropa blanca, aguas de olor y pomadas. Lo primero que hacia por la mañana, luego que me levantaba de la cama, era lavarme, perfumarme bien, y vestirme con todo el aseo posible, para no presentarme con desaliño á mi ama en caso que me llamase. Con este cuidado de componerme, y con otros medios que empleaba para agradar, me lisonjeaba de que no tardaria mucho en declararse mi ventura.

Entre las criadas de Aurora habia una que se llamaba la Ortiz. Era una vieja que hacia mas de veinte años que servia en casa de Don Vicente. Habia criado á su hija, y conservaba todavía el título de dueña, aunque ya no ejercia aquel penoso empleo. Por el contrario, en lugar de vigilar las acciones de Aurora, como lo hacia en otro tiempo, entonces solo atendia á ocultarlas, con lo cual gozaba toda la confianza de su ama. Una noche, habiendo buscado la dueña ocasion de hablarme, sin que nadie pudiese oírnos, me dijo en voz baja que, si yo era prudente y callado, bajase al jardin á media noche, donde sabria cosas que no me disgustarian. Respondíle, apretándole la mano, que sin falta alguna bajaria, y prontamente nos separamos para no ser sorprendidos. Ya no dudé entonces de ser yo el objeto del cariño de Aurora. ¡Oh, y qué largo se me

<sup>1</sup> Llámase Mesalinas á las impúdicas, porque Valeria Mesalina, muger del emperador de Roma Claudio, fué tal vez la mas disoluta, impúdica y desenfadada de que hace mencion la historia. Fué muerta con uno de sus amantes de órden de su marido el año 46 de la era cristiana.

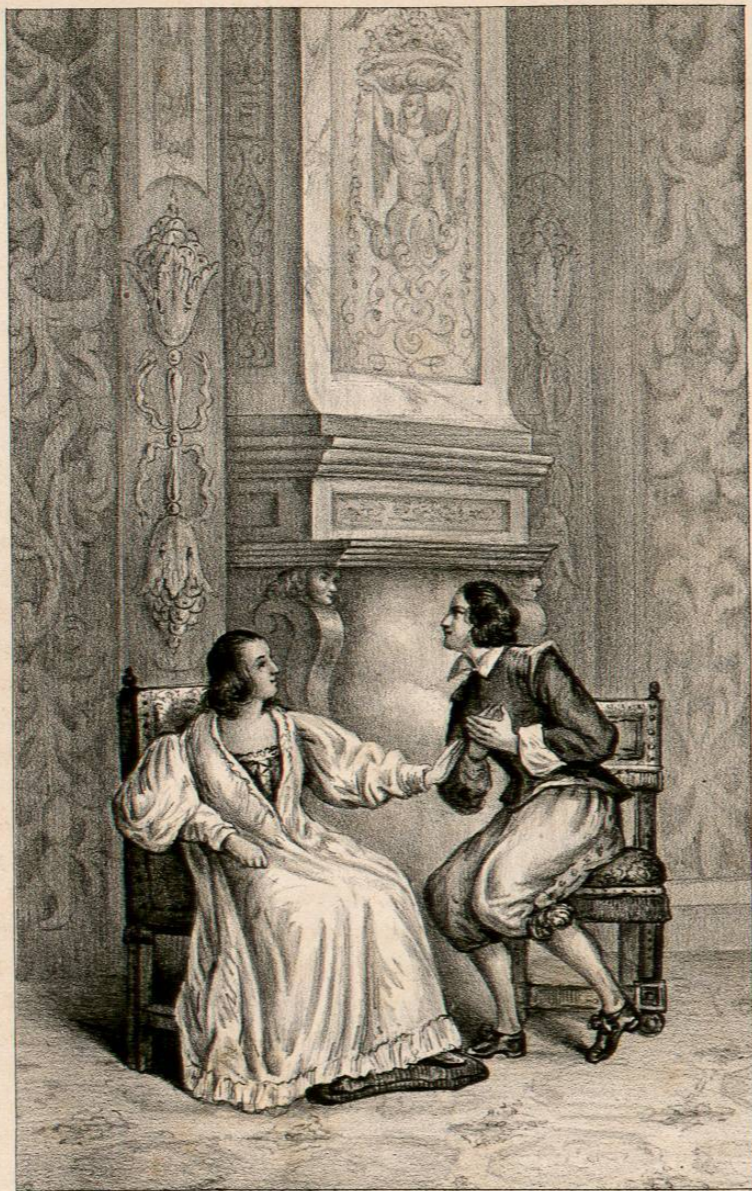
hizo el tiempo hasta la cena, sin embargo de que siempre se cenaba temprano, y desde la cena hasta que mi amo se recogió! Parecíame que aquella noche todo se hacia en casa con extraordinaria lentitud. Y para aumento de mi fastidio, cuando Don Vicente se retiró á su cuarto, en vez de pensar en dormirse, se puso á repetirme sus campañas de Portugal con que tanto me habia machacado. Pero lo que jamas habia hecho, y lo que precisamente guardó para regalarme aquella noche, fué irme nombrando uno por uno todos los oficiales que se habian hallado en ellas, refiriéndome al mismo tiempo las hazañas de cada cual. No puedo ponderar cuánto padecí en estarle oyendo hasta que concluyó. Al fin, acabó de hablar y se metió en la cama. Retiréme inmediatamente al cuarto donde estaba la mia, y del que se bajaba por una escalera secreta al jardin. Untéme de pomada todo el cuerpo; púseme una camisola limpia bien perfumada; y nada omití de cuanto me pareció podia contribuir á fomentar el capricho que me habia figurado en mi ama, con lo que fuí al sitio de la cita.

No encontré en él á la Ortiz, y juzgué que, cansada de esperarme, se habia vuelto á su cuarto, lo que me hizo perder todas mis esperanzas. Eché la culpa á Don Vicente, y cuando estaba dando al diablo sus campañas, dió el reloj, conté las horas, y ví que no eran mas que las diez. Tuve por cierto que el reloj andaba mal, creyendo imposible que no fuese ya por lo menos la una de la noche; pero estaba tan engañado, que un cuarto de hora despues volví á contar las diez de otro reloj. ¡Bravo! dije entonces entre mí: todavía me faltan dos horas enteras de poste ó de centinela. No culparán mi tardanza. Pero ¿qué haré hasta las doce? Paseémonos en este jardin, y pensemos en el papel que debo hacer, que es para mí hartó nuevo. No estoy acostumbrado á las bizarrías de las damas de distincion; solamente sé lo que se practica con la comediantas y mugercillas. Se presenta uno á ellas con familiaridad y franqueza, y les dice su atrevido pensamiento sin reparo; pero con las señoras se observa otro ceremonial. Es menester, á lo que me parece, que el galan sea cortes, complaciente, tierno y moderado, pero sin ser tímido. No ha de querer precipitar atropelladamente su fortuna: para lograrla debe esperar el momento favorable.

Así discurría yo, y así me proponia proceder con Aurora. Figurábase que dentro de poco tendria la dicha de verme á los piés de aquella amable persona, y decirle mil cosas amorosas. Con este fin traía á la memoria los pasages de las comedias que me pareció podian servirme y darme gran lucimiento en nuestra conversacion á solas. Lisonjeábame de que los aplicaria con oportunidad; y esperaba que, á ejemplo de algunos comediantes que yo conocia, pasaria por hombre de entendimiento,

aunque no tuviese mas que memoria. Mientras me ocupaba en estos pensamientos, los cuales divertian mi impaciencia con mas gusto que las relaciones militares de mi amo, oí dar las once. ¡Bueno! dije entónces; ya no me faltan mas que sesenta minutos que esperar: armémonos de paciencia. Cobré ánimo, y volvíme á recrear con las alegres fantasías de mi imaginacion, parte paseándome, y parte sentándome en un delicioso cenador formado en el estremo del jardin. Llegó en fin la hora de mí tan deseada, es decir, las doce. Pocos instantes despues se dejó ver la Ortiz, tan puntual como yo, pero menos impaciente.—Señor Gil Blas, me dijo al acercarse, ¿cuánto ha que está vd. aquí?—Dos horas, le respondí.—En verdad, añadió ella riéndose, que es vd. muy cumplido, y da gusto darle citas para estas horas. Es cierto, prosiguió ya en tono serio, que eso y mucho mas merece la dicha que le voy á anunciar. Mi ama quiere hablar á solas con vd., y me ha mandado que le introduzca en su cuarto en donde le espera: no tengo otra cosa que decirle; lo demas es un secreto que vd. no debe saber sino de su propia boca. Sígame á donde le conduzca; y dicho esto me cogió de la mano, y ella misma me introdujo misteriosamente en el aposento del ama por una puerta falsa de que tenia la llave.





## CAPÍTULO II.

Como recibió Aurora á Gil Blas, y la conversacion que con él tuvo.



ALLÉ á Aurora vestida de trapillo, lo que no me disgustó: saludéla con el mayor respeto y con la mejor gracia que me fué posible. Recibióme con semblante risueño; hízome sentar junto á sí repugnándolo yo, y lo que mas me agradó fué que mandó á su embajadora se retirase á su cuarto y nos dejase solos. Despues de este preludio, volviéndose hácia mí, me dijo:—Gil Blas, ya habrás advertido que te miro con buenos ojos, y te distingo entre todos los criados de mi padre: cuando esto no fuese bastante para hacerte conocer la particularidad con que te estimo, juzgo que no te dejará dudarle este paso que ahora doy.

No le dí tiempo para que dijese mas. Parecióme que como hombre discreto debia respetar su pudor, y no darle lugar á mayor esplicacion. Levantéme enagenado, y arrojándome á sus piés como un héroe de teatro que se arrodilla ante su princesa, exclamé en tono declamatorio:—¡Ah, señora! ¿Me habré engañado? ¿Se dirigen á mí vuestras palabras? ¿Será posible que Gil Blas, juguete hasta aquí de la fortuna y el desecho de toda la naturaleza, sea tan venturoso que haya podido inspiraros afectos. . . . —Baja un poco la voz, me dijo sonriéndose mi ama, por no despertar á las criadas que duermen en el cuarto vecino. Levántate, vuelve á sentarte, y escúchame hasta que acabe, sin interrumpirme. Sí, Gil Blas, prosiguió volviendo á su afable seriedad: es cierto que te estimo, y en prueba de ello voy á fiarte un secreto, del cual pende el sosiego de mi vida. Sabe que amo á un caballero mozo, galan, airoso y de ilustre nacimiento, llamado Don Luis Pacheco. Le veó algunas veces en el paseo y en la comedia; pero nunca le he hablado. Ignoro su carácter, y tambien

cuales son sus prendas, si buenas ó malas. Esto quisiera saberlo puntualmente, para lo cual necesito de un hombre sagaz y sincero, que, informándose bien de sus costumbres, sepa darme una cuenta fiel de ellas. He puesto los ojos en tí con preferencia á los demas criados, persuadida de que nada arriesgo en darte este encargo. Espero que le desempeñarás con tanto sigilo y cautela, que nunca tendré motivo para arrepentirme de haberte escogido por depositario de mi mas íntima confianza.

Calló mi señorita para oír mi respuesta. Al principio me turbé algun tanto, conociendo mi necio engaño; pero volviendo prontamente en mí, y venciendo la vergüenza que causa siempre la temeridad cuando sale con desgracia, supe mostrarle un celo tan vivo, y un ardor tan grande en todo lo que fuese servirla y complacerla, que si no alcanzó para desimpresionarla del mal concepto que pudo haberle hecho formar mi atrevida presuncion, bastaria por lo menos para que conociese que yo sabia enmendar muy bien una necedad. Pedile no mas que dos dias de tiempo para poderle dar razon puntual de Don Luis, los que me concedió; y llamando ella misma á la Ortiz, ésta me volvió á conducir al jardin, diciéndome con cierto aire burlon al despedirse:—Buenas noches, Gil Blas; no te volveré á encargar otra vez que no dejes de acudir temprano al sitio de la cita, porque ya está vista tu puntualidad.

Volvíme á mi cuarto no sin algun pesar de ver frustrado mi pensamiento. Con todo eso tuve bastante juicio para consolarme y conocer que me tenia mas cuenta ser el confidente que el amante de mi ama. Ofrecióseme tambien que esto podia hacerme hombre, pues los medianeros de amor eran regularmente bien recompensados por su trabajo: reflexiones que me divirtieron y consolaron, y fuíme á acostar con firme resolucion de obedecer y servir á mi ama en cuanto ecsigiese de mí. Levantéme al dia siguiente, y salí de casa á desempeñar mi encargo. No era difícil saber donde vivia un caballero tan conocido como Don Luis. Tomé al instante informes de él en la vecindad; pero los sugetos á quienes me dirigí no pudieron satisfacer del todo mi curiosidad. Esto me obligó á hacer nuevas averiguaciones el dia siguiente, y fuí mas afortunado que en el anterior. Encontré casualmente en la calle á un mozo á quien yo conocia; detuvímonos á hablar, y en aquel punto se llegó á él uno de sus amigos, y le dijo que le habian despedido de casa de Don José Pacheco, padre de D. Luis, por haberle acusado de que se habia bebido un barril de vino. No perdí una ocasion tan oportuna para saber cuanto deseaba, lo que conseguí á fuerza de preguntas; de manera que volví á casa muy contento, porque ya podia cumplir la palabra que habia dado á mi señorita, con quien habia quedado de acuerdo que volveria á verla en el mismo sitio, y de la misma manera que la noche ante-

cedente. No estuve en ésta tan inquieto como en la primera: lejos de impacientarme con las prolijas relaciones de mi amo, yo mismo le saqué la conversacion de sus combates. Esperé á que fuese media noche con la mayor tranquilidad del mundo, y no me moví hasta que conté bien las doce de todos los relojes que se podian oír desde casa. Entonces bajé con mucho sosiego al jardin, sin pensar en perfumes ni en pomadas, pues hasta en esto me corregí.

Encontré ya á la fiel dueña en el sitio mismo, y la taimada me dijo con algo de socarroneria:—En verdad, Gil Blas, que hoy ha rebajado mucho tu puntualidad. No le respondí palabra, fingiendo que no la oía, y ella me condujo al cuarto donde Aurora me estaba esperando. Preguntóme luego que me vió si me habia informado bien acerca de Don Luis, y si habia averiguado muchas cosas.—Sí, señora, le respondí; tengo con que satisfacer vuestra curiosidad. En primer lugar os diré que muy en breve marcha á Salamanca á concluir sus estudios. Segun lo que me han dicho es un señorito lleno de honor y probidad; y en cuanto al valor, no le puede faltar, pues es caballero y castellano. Fuera de eso, es un mozo entendido y de bellos modales; pero lo que quizá os dará poco gusto, y que sin embargo no puedo menos de deciros, es que vive algo demasiado á la moda de los señoritos modernos, quiero decir, que es un grandísimo libertino. ¿Creerá vd. que, siendo tan jóven como es, ha tenido ya amistad con dos comediantas?—¿Qué es lo que me dices? exclamó Aurora. ¡Dios mio, y qué costumbres! Pero dime, Gil Blas, ¿estás bien cierto de que tiene una vida tan licenciosa?—¿Cómo si estoy cierto! le respondí: no hay cosa mas segura. Todo me lo ha contado un criado de su casa, que fué despedido de ella esta mañana; y ya se sabe que los criados son muy veraces siempre que se trata de publicar los defectos de sus amos. Fuera de eso, el tal Don Luis es muy amigo de Don Alejo Seguíer, de Don Antonio Centelles, y de Don Fernando de Gamboa, prueba constante de su disolucion.—Basta, Gil Blas, dijo suspirando mi pobre señorita: en fuerza de tu informe comienzo desde ahora á combatir mi indigno amor. Aunque habia echado ya profundas raices en mi corazon, no desconfio de arrancarle de él. Vete, prosiguió, y admite en premio de tu trabajo esta corta demostracion de mi agradecimiento. Al decir esto me puso en la mano un bolsillo, que ciertamente no estaba vacío, añadiendo:—Solo te encargo que guardes bien el secreto que he confiado á tu silencio.

Aseguréle que en este particular podia vivir sin el menor recelo, porque yo era el Harpócrates<sup>1</sup> de los criados confidentes. Dicho esto me retiré impacientísimo por saber lo que contenia el bolsillo. Abríle, y ha-

<sup>1</sup> Entre los antiguos era el Dios del silencio.

llé en él veinte doblones. Luego se me ofreció que sin duda habria sido Aurora mas liberal conmigo si yo le hubiera dado otra noticia mas agradable, cuando pagaba con tanta generosidad una que le habia causado tanto disgusto. Me pesó de no haber imitado á los escribanos y alguaciles que disfrazan á veces la verdad; y me enfadé mucho contra mi tontería por haber sufocado en su nacimiento un amor que con el tiempo podia producirme grandísimas utilidades si yo no hubiera hecho un necio alarde de ser sincero; pero al fin me consolé con los veinte doblones, que me recompensaban ventajosamente de lo que habia gastado tan sin venir al caso, en pomadas y perfumes.



## CAPÍTULO III.

De la gran mutacion que sobrevino en casa de Don Vicente, y de la estraña determinacion que el amor hizo tomar á la bella Aurora.



OCO despues de esta aventura se sintió malo Don Vicente. Sobre ser de una edad bastante avanzada, los síntomas de su enfermedad eran tan violentos, que desde luego se temieron funestas resultas. Llamóse á los dos mas famosos médicos de Madrid; uno era el doctor Andres, y el otro el doctor Oquendo. Pulsaron atentamente al doliente; y despues de una esacta observacion convinieron entrambos en que los humores estaban en una preternatural fermentacion y movimiento. En solo esto fueron de un parecer, y estuvieron discordes en todo lo demas. El uno queria que se purgara el enfermo aquel mismo dia, y el otro opinaba que la purga se dilatase. El Doctor Andres decia que, por lo mismo que los humores estaban en una violenta agitacion de flujo y reflujo, se les habia de espeler aunque crudos, con purgantes, antes que se fijasen en alguna parte noble y principal. Oquendo opinaba, por el contrario, que estando todavía incoctos y crudos los humores, se debia esperar á que madurasen antes de recurrir á los purgantes.—Pero ese método, replicaba el otro, es directamente opuesto al que nos enseña el príncipe de la medicina: Hipócrates advierte que se debe purgar al principio de la enfermedad y desde los primeros dias de la mas ardiente calentura, diciendo en términos espesos, que se ha de acudir prontamente con la purga cuando los humores están en *orgasmo*, es decir, en su mayor agitacion.—¡Oh! en eso está vuestra equivocacion, repuso Oquendo: Hipócrates no entiende por la voz *orgasmo* la agitacion violenta, sino mas bien la madurez de los humores.

Acaloráronse nuestros doctores en esta disputa. El uno recitó el tes-